
El Miedo

Guy de Maupassant

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 197

Título: El Miedo

Autor: Guy de Maupassant

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 19 de mayo de 2016

Fecha de modificación: 8 de marzo de 2025

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Miedo

Después de comer subimos á cubierta. Ante nosotros el Mediterráneo, bañado por la luz de la luna, se extendía sin que una sola arruga se dibujase en su superficie. El enorme buque resbalaba lanzando al cielo, lleno de estrellas, una gran serpiente de humo negro, y detrás, el agua blanca, agitada por el paso rápido del pesado navío, batida por la hélice, espumeaba, parecía retorcerse, y agitaba tantas claridades que cualquiera hubiera creído que la luz de la luna estaba en ebullición.

Y allí estábamos seis ú ocho, admirando en silencio la costa de África hacia la cual nos dirigíamos. El comandante, que sentado entre nosotros fumaba un cigarro, reanudó la conversación iniciada durante la comida.

—Sí,—dijo—aquel día tuve miedo. Mi barco permaneció seis horas con esa roca en la barriga y batido por la mar. Afortunadamente, al llegar la noche nos recogió un barco carbonero inglés.

Entonces, un hombre muy alto, de tostado rostro y grave aspecto, uno de esos hombres que se adivina han cruzado grandes países desconocidos en medio de incesantes peligros y cuya tranquila mirada parece conservar en sus profundidades algo de los extraños paisajes vistos, uno de esos hombres que parecen templados en el valor, habló por vez primera.

—Usted dice, comandante, que tuvo miedo, y yo no lo creo. Usted se engaña con respecto á la palabra y con respecto á la sensación que experimentó. Un hombre enérgico no siente nunca miedo ante un peligro inmediato. Se siente

emocionado, agitado, ansioso; pero el miedo es cosa muy distinta.

El comandante replicó riendo:

—¡Diablo! Yo le aseguro que tuve miedo y mucho miedo.

Entonces el hombre de bronceada tez, repuso con voz lenta:

—Permítanme que me explique. El miedo—y hasta los hombres más arrojados pueden tenerlo—es algo espantoso, es una sensación atroz, algo así como la descomposición del alma, horrible espasmo del pensamiento y del corazón cuyo solo recuerdo nos hace sentir los estremecimientos de la angustia. Pero cuando se es valiente, eso no ocurre nunca, ni ante la muerte inevitable ni ante las formas de peligro conocidas: eso ocurre en ciertas circunstancias anormales, bajo ciertas influencias misteriosas y frente á riesgos vagos. El verdadero miedo es algo parecido á los fantásticos terrores de otros tiempos. Un hombre que crea en los espectros y que imagine distinguir uno en medio de las sombras de la noche, debe sentir miedo con todo su espantoso horror.

Yo, hace diez años que adiviné el miedo en pleno día. Y el invierno pasado, en una noche de diciembre, lo sentí.

Y sin embargo, me he visto en situaciones peligrosas y metido en aventuras que parecían mortales. Me he batido con frecuencia: unos bandoleros me dejaron por muerto; en América, por insurrecto, me condenaron á la horca, y en las costas de China me arrojaron al agua desde el puente de un buque. Y siempre me creí perdido, y cada vez tomé mi decisión sin sentir ningún pesar.

Pero el miedo no es eso.

En África lo presentí, y sin embargo es hijo del norte y el sol lo disipa como disipa la niebla. Observen esto, señores: para los orientales, la vida no tiene ningún valor y se resignan en

seguida; en Oriente las noches son claras y en ellas no se encuentran las sombrías inquietudes que en los países fríos son la obsesión de todos los cerebros. En Oriente se puede saber lo que es pánico, pero se ignora lo que es miedo.

Pues bien, he ahí lo que me ocurrió en tierra africana.

Cruzaba las grandes dunas hacia el sur de Ouargla, que es uno de los países más raros del mundo. Ustedes saben lo que es la arena lisa de las interminables playas del Océano; pues bien, figúrense un Océano de arena en medio de un huracán; imaginen una silenciosa tempestad de olas inmóviles de polvo amarillo. Altas como montañas, esas olas desiguales, diferentes, semejantes á las desencadenadas ondas, más grandes todavía y estriadas como el luaré, y sobre esa mar furiosa, muda y sin movimiento, el sol devorador del sur derrama sus llamas implacables. Preciso es subir esas olas de ceniza de oro, bajarlas, volverlas á subir, subirlas sin cesar, sin reposo ni sombra. Los ronquidos de los caballos parecen estertores; se hunden hasta la rodilla, y al bajar resbalan y hacen que se formen sorprendentes colinas.

Éramos dos amigos, y nos seguían dos espaís y cuatro camellos con sus camelleros. No hablábamos, el calor nos aplastaba, la fatiga nos rendía, y estábamos sedientos, sedientos como el desierto ardiente. De pronto, uno de nuestros hombres dejó escapar un grito: todos se detuvieron, y nosotros permanecimos inmóviles, sorprendidos por inexplicable fenómeno que conocen los viajeros de esos perdidos lugares.

En algún sitio, cerca de nosotros, y en dirección indeterminada, batía un tambor, el misterioso tambor de las dunas: y batía claramente, vibrante unas veces, apagado otras, deteniéndose de pronto y reanudando en seguida su fantástico redoble.

Los árabes se miraban asustados; uno de ellos dijo en su idioma: «La muerte, se cierne sobre nosotros». Y he ahí que

mi compañero, mi amigo, casi mi hermano, cayó del caballo repentinamente pulverizado por una insolación.

Y por espacio de dos horas, y mientras yo intentaba en vano salvarle, el tambor invisible me llenaba los oídos con su ruido monótono, intermitente é incomprensible: yo sentía que por mis huesos corría el miedo el miedo verdadero, el miedo espantoso, frente al cadáver querido, en aquel hoyo incendiado por el sol y entre cuatro montañas de arena, mientras el eco desconocido nos enviaba, á doscientas leguas de distancia de toda aldea francesa, el rápido redoble del tambor.

Aquel día, comprendí lo que era tener miedo, pero aún lo supe mejor en otra ocasión...

El comandante interrumpió al narrador.

—Dispense, caballero—le dijo, y aquel tambor ¿qué era?

El viajero respondió:

—No lo sé, ni nadie lo sabe. Los oficiales, con frecuencia sorprendidos por ese ruido extraño, lo atribuyen, por regla general, al eco, al eco aumentado, multiplicado, desmesuradamente hinchado por los valles de las dunas, de una lluvia de granos de arena que, arrastrados por el viento, van á chocar sobre macizos de hierbas secas; porque siempre se ha observado que ese fenómeno se produce en las cercanías de las pequeñas plantaciones que el sol abrasa y convierte en pergamino...

El ruido del tambor debe de ser una especie de espejismo del sonido, nada más, pero yo lo supe mucho después.

Y ahora, vamos á mi segunda emoción.

Era el invierno pasado, y me encontraba en un bosque del noreste de Francia. Se hizo de noche dos horas antes de lo que debía, tan oscuro estaba el cielo, y mi guía, un

campesino del país, andaba silenciosamente á mi lado por un sendero, bajo una bóveda de pinos que el desencadenado viento agitaba con ruido siniestro. Por entre las cimas veía correr las nubes, nubes que parecían huir con espanto, y de cuando en cuando, y al impulso de inmensa ráfaga, el bosque entero se inclinaba hacia un lado exhalando un gemido de dolor. Y á pesar de mi paso rápido y de mis gruesos vestidos, el frío me entumecía.

Debíamos cenar y dormir en casa de un guarda bosques cuya morada ya no podía estar lejos, y yo iba á cazar.

Á veces, mi guía levantaba los ojos y murmuraba: «¡Tiempo triste!». Luego, me hablaba de las gentes á cuya casa nos dirigíamos. Dos años antes el padre había matado á un cazador furtivo, y desde entonces parecía sombrío, y como si un recuerdo le obsesionase. Sus dos hijos, casados los dos, vivían con él.

Las tinieblas eran profundas: yo no veía nada ni delante de mí ni á mi alrededor, y las ramas de los árboles, al chocar entre sí, llenaban la noche de incesantes rumores. Por fin distinguimos una luz, y mi compañero no tardó en llamar á una puerta. Agudos gritos de mujer nos respondieron, y luego, una voz de hombre, voz opaca, preguntó: «¿Quién va?». Mi guía dió su nombre, la puerta se abrió, entramos, y á mis ojos se ofreció un cuadro inolvidable.

Un hombre viejo, con el pelo blanco, extraviada la mirada y cargada la escopeta, nos esperaba en medio de la cocina, mientras dos mocetones enormes, armados con hachas, guardaban la puerta. En los rincones distinguí dos sombras de mujer arrodilladas, que ocultaban el rostro pegándolo contra la pared.

Hablaron: el viejo dejó la escopeta apoyándola contra la mesa y ordenó que me preparasen la habitación; y como las mujeres no se moviesen, dijo con brusquedad:

—Caballero, esta noche hace dos años que maté á un hombre. El año pasado vino á llamarme, y esta noche le espero.

Luego, con entonación que me hizo reir, añadió:

—Por esto no estamos tranquilos.

Les tranquilicé como pude, y me consideré dichoso por haber llegado aquella noche, cosa que me permitía asistir al espectáculo del terror supersticioso. Empecé á contar cuentos, y casi logré calmarlos.

Cerca del hogar, un perro viejo, casi ciego y bigotudo, uno de esos perros que recuerdan personas conocidas, dormía con la cabeza metida entre las patas delanteras.

Fuera, la tempestad azotaba la casita, y por un pequeño cuadrado, especie de ventanillo practicado junto á la puerta, veía, á la luz de los relámpagos, las ramas de los árboles que agitaba el viento.

Á pesar de mis esfuerzos sentía que profundo terror dominaba á aquellas gentes, y cada vez que cesaba de hablar, todos escuchaban atentamente los lejanos ruidos. Cansado de asistir á tan imbéciles temores, iba ya á acostarme cuando el viejo guarda dió un salto en su asiento, y apoderándose nuevamente de su escopeta tartajeó con voz extraviada: «Ahí está..., ahí está... ¡Le oigo!». Las dos mujeres cayeron de rodillas en sus rincones y se cubrieron otra vez la cara, y los hombres volvieron á esgrimir las hachas. Yo iba á intentar tranquilizarles cuando el dormido perro despertó, levantó la cabeza, extendió el cuello, fijó en la lumbré sus casi apagados ojos, y lanzó uno de esos aullidos lúgubres que por la noche y en el campo hacen estremecer á los viajeros. Todas las miradas se fijaron en él, que permanecía inmóvil, plantado sobre sus patas, y como si una visión le obsesionase empezó á ladrar á algo invisible, desconocido, espantoso sin duda, porque el pelo se le erizaba. El guarda, lívido, gritó:

«Lo siente, lo siente; conmigo estaba cuando le maté». Y las dos mujeres, enloquecidas, empezaron á chillar con el perro.

Á pesar mío, un estremecimiento horrible recorrió todo mi cuerpo. La visión de aquel animal, en aquel lugar, á aquella hora y entre aquellas gentes medio locas, era espantosa.

Y por espacio de una hora el perro estuvo ladrando sin moverse, ladrando como en la angustia de un sueño; y el miedo espantoso se apoderó de mí... ¿Miedo de qué? ¿Acaso lo sabía? Era miedo, eso es todo.

Permanecimos inmóviles, lívidos, esperando un acontecimiento horrible, con el oído alerta, el corazón agitado y saltando al menor ruido. Y el perro empezó á dar vueltas por la habitación, oliendo las paredes y gimiendo constantemente. ¡Aquella bestia nos enloquecía! Entonces, el campesino que me había servido de guía se arrojó sobre él, y poseído de espantoso miedo, en el paroxismo de su terror furioso, abrió una puertecita que daba á un patio pequeño y echó al perro.

Calló en seguida, y quedamos sumidos en un silencio más horroroso aún. Repentinamente, todos nos pusimos en pie: un ser se deslizaba contra la pared que daba al bosque; luego pasó contra la puerta que pareció tantear con mano vacilante; después, durante dos minutos, no se oyó nada, y luego volvió rozando el muro: lo arañaba ligeramente, como hubiera podido hacerlo un niño con las uñas, y de pronto, una cabeza apareció pegada al cristal del ventanillo, una cabeza blanca con dos ojos luminosos como los ojos de las fieras. Y de su boca salía un sonido, un sonido indistinto, el murmullo de una queja...

En la cocina estalló entonces un ruido formidable. El viejo guarda había disparado, y sus dos hijos se precipitaron, levantaron la mesa para tapar el ventanillo, y sostuvieron la mesa con los demás muebles.

Y yo les juro que al ruido del disparo que no esperaba, horrible angustia me oprimió el corazón, el alma y el cuerpo, y me sentí desfallecer y próximo á morirme de miedo.

Y allí permanecimos hasta el alba, incapaces para movernos, sin poder decir una palabra, y crispados por indecible atolondramiento.

No nos atrevimos á levantar la barricada que atrancaba la puerta hasta que un débil rayo de luz se filtró por la rendija de una ventana.

Al pie del muro, contra la puerta, yacía el perro viejo con las mandíbulas destrozadas por un balazo.

Había salido del patio haciendo un agujero en la empalizada.

El hombre del rostro bronceado calló para agregar después de unos segundos:

—Y sin embargo, aquella noche no corrí ningún peligro, pero antes preferiría vivir de nuevo todas las horas en que he afrontado los más terribles riesgos, que el minuto del tiro disparado contra la barbuda cabeza que asomaba por el ventanillo.

Guy de Maupassant



Henry René Albert Guy de Maupassant (Dieppe, 5 de agosto de 1850 - París, 6 de julio de 1893) fue un escritor francés, autor principalmente de cuentos, aunque escribió seis novelas. Para el historiador del terror Rafael Llopis, Maupassant, perdido en la segunda mitad del siglo XIX, se encuentra muy lejano ya del furor del Romanticismo, es «una figura singular, casual y solitaria».

Tuvo una infancia como la de cualquier muchacho de su edad, si bien su madre lo introdujo a edad temprana en el estudio de las lenguas clásicas. Su madre, Laure, siempre quiso que su hijo tomara el testigo de su hermano Alfred Le Poittevin, a la sazón íntimo amigo de Flaubert, cuya prematura muerte trunció una prometedora carrera literaria. A los doce años, sus padres se separaron amistosamente. Su padre, Gustave de Maupassant, era un indolente que engañaba a su esposa con otras mujeres. La ruptura de sus padres influyó mucho en el joven Guy. La relación con su padre se enfriaría de tal modo que siempre se consideró un huérfano de padre. Su juventud, muy apegada a su madre, Laure Le Poittevin, se desarrolló primero en Étretat, y más adelante en Yvetot, antes de marchar al liceo en Ruan. Maupassant fue admirador y discípulo de Gustave Flaubert al que conoció en 1867. Flaubert, a instancias de la madre del escritor de la cual era amigo de la infancia, lo tomó bajo su protección, le abrió la puerta de algunos periódicos y le presentó a Iván Turgénev, Émile Zola y a los hermanos Goncourt. Flaubert ocupó el lugar de la figura paterna. Tanto es así, que incluso se llegó a decir en algunos mentideros parisinos que Flaubert era el padre biológico de Maupassant.

El escritor se trasladó a vivir a París con su padre tras la derrota francesa en la guerra franco-prusiana de 1870. Comenzó a estudiar Derecho, pero reveses económicos familiares y la mala relación con su padre le obligaron a dejar unos estudios que, de por sí, ya no le convencían y a trabajar como funcionario en varios ministerios, hasta que publicó en 1880 su primera gran obra, «Bola de sebo», en Las veladas de Médan, un volumen naturalista preparado por Émile Zola con la colaboración de Henri Céard, Paul Alexis, Joris Karl Huysmans, Léon Hennique. El relato, de corte fuertemente realista, según las directrices de su maestro Flaubert, fue calificado por este como una obra maestra. Hoy está considerado como uno de los mejores relatos de la historia de la literatura universal.

Su presencia en Las veladas de Médan y la calidad de su relato, permite a Maupassant adquirir una súbita y repentina notoriedad en el mundo literario. Este éxito será el trampolín que lo convertirá en autor de multitud de cuentos y relatos (más de trescientos). Sus temas favoritos son los campesinos normandos, los pequeños burgueses, la mediocridad de los funcionarios, la guerra franco-prusiana de 1870, las aventuras amorosas o las alucinaciones de la locura: La Casa Tellier (1881), Los cuentos de la becada (1883), El Horla (1887), a través de algunos de los cuales se transparentan los primeros síntomas de su enfermedad.

Su vida parisina y de mayor actividad creativa, transcurrió entre la mediocridad de su trabajo como funcionario y, sobre todo, practicando deporte, en particular el remo, al que se entregaba con denuedo en los pueblos de los alrededores de París a los que regaba el Sena en compañía de amistades de dudosa reputación. Vida díscola y sexualmente promiscuo, jamás se le conoció un amor verdadero; para Maupassant el amor era puro instinto animal y así lo disfrutaba. Escribió al respecto: «El individuo que se contente con una mujer toda su vida, estaría al margen de las leyes de la naturaleza como aquél que no vive más que de ensaladas». Y por añadidura, el carácter dominante de su madre lo alejó de cualquier relación que se atisbase con un mínimo de seriedad.

Lucien Litzelmann

Detrás de su carácter pesimista, misógino y misántropo, se encontraba la poderosa influencia de su mentor Gustave Flaubert y las ideas de su filósofo de cabecera, Schopenhauer. Abominaba de cualquier atadura o vínculo social, por lo que siempre se negó a recibir la Legión de Honor o a considerarse miembro del cenáculo literario de Zola, al no querer formar parte de una escuela literaria en defensa de su total independencia. El matrimonio le horrorizaba; suya es la frase "El matrimonio es un intercambio de malos humores durante el día y de malos

lores durante la noche". No obstante, pocos años después de su muerte, un periódico francés, L'Eclair, da cuenta de la existencia de una mujer con la que Maupassant habría tenido tres hijos. Esta persona, identificada en ocasiones por algunos biógrafos con la "mujer de gris", personaje que aparece en las Memorias de su criado François Tassart, se llamaba Josephine Litzelmann y era natural de Alsacia y, sin duda, judía. Los hijos se llamaban Honoré-Lucien, Jeanne-Lucienne y Marguerite. Si bien sus supuestos tres hijos reconocieron ser hijos del escritor, nunca desearon la publicidad que se les dio.

Atacado por graves problemas nerviosos, síntomas de demencia y pánico heredados (reflejados en varios de sus cuentos como el cuento "Quién sabe", escrito ya en sus últimos años de vida) como consecuencia de la sífilis, intenta suicidarse el 1 de enero de 1892. El propio escritor lo confesó por escrito: «Tengo miedo de mí mismo, tengo miedo del miedo, pero, ante todo, tengo miedo de la espantosa confusión de mi espíritu, de mi razón, sobre la cual pierdo el dominio y a la cual turba un miedo opaco y misterioso». Tras algunos intentos frustrados, en los que utilizó un abrecartas para degollarse, es internado en la clínica parisina del Doctor Blanche, donde muere un año más tarde. Está enterrado en el cementerio de Montparnasse, en París.

En cuanto a su narrativa corta, son especialmente destacables sus cuentos de terror, género en el que es reconocido como maestro, a la altura de Edgar Allan Poe. En estos cuentos, narrados con un estilo ágil y nervioso, repleto de exclamaciones y signos de interrogación, se echa de ver la presencia obsesiva de la muerte, el desvarío y lo sobrenatural: ¿Quién sabe?, La noche, La cabellera o el ya mencionado El Horla, relato perteneciente al género del horror.

Según Rafael Llopis, quien cita al estudioso de lo fantástico Louis Vax, «El terror que expresa en sus cuentos es exclusivamente personal y nace en su mente enferma como

presagio de su próxima desintegración. [...] Sus cuentos de miedo [...] expresan de algún modo la protesta desesperada de un hombre que siente cómo su razón se desintegra. Louis Vax establece una neta diferencia entre Mérimée y Maupassant. Éste es un enfermo que expresa su angustia; aquel es un artista que imagina en frío cuentos para asustar. [...] Este temor centrípeto es centrífugo en Maupassant. "En 'El Horla' -dice Vax- hay al principio una inquietud interior, luego manifestaciones sobrenaturales reveladas solo a la víctima; por último, también el mundo que la rodea es alcanzado por sus visiones. La enfermedad del alma se convierte en putrefacción del cosmos"».

Maupassant publicó asimismo cinco novelas de corte mayormente naturalista: Una vida (1883), la aclamada Bel-Ami (1885) o Fuerte como la muerte (1889), Pedro y Juan, Mont-Oriol y Nuestro corazón. Escribió bajo varios seudónimos: Joseph Prunier en 1875, Guy de Valmont en 1878, Maufrigneuse de 1881 a 1885. Menos conocida es su faceta como cronista de actualidad en los periódicos de la época (Le Gaulois, Gil Blas, Le Figaro...) donde escribió numerosas crónicas acerca de múltiples temas: literatura, política, sociedad, etc.

(Información extraída de la Wikipedia)